



# LA REINA VICTORIA EUGENIA

CON motivo del fallecimiento de la reina doña Victoria Eugenia, la prensa y las revistas ilustradas de toda Europa han dedicado amplio espacio a la evocación de la historia de su vida. Una gran parte de las glosas publicadas en España se debe a plumas nuevas, a periodistas que no han alcanzado a conocer a la Reina en el cuarto de siglo en que compartió el trono de España con don Alfonso XIII.

Los textos literarios que complementan los amplios despliegues gráficos, coinciden en el rendido elogio de la belleza de la Reina y en la alusión a sus ojos del color de las aguamarinas.

Ciertamente, la belleza de doña Victoria Eugenia ha sido notoria y ello motivó gran admiración en las Cortes europeas existentes en el primer cuarto de este siglo. Pero no sería justo circunscribir el elogio a su belleza, ya que en la personalidad de la Reina existieron otras condiciones de excepción poco conocidas por los españoles, a juzgar por la falta de testimonios escritos que se advierten en el centenar largo de artículos publicados recientemente.

Porque la Reina, que era sencilla en el trato personal, fue también culta e inteligente. Muy lectora, llegaban a palacio de continuo los últimos libros publicados en Londres o en París que se ocupaba de pedir a las grandes librerías. Esto, que hoy ya no es preciso, porque en Madrid se está al día y puede adquirirse el libro extranjero aparecido una semana antes en París o en Londres, suponía entonces un cierto progresismo, si se piensa que gran parte de los españoles permanecían fieles a la lectura de folletines.

La reina doña Victoria Eugenia continuó siendo gran lectora hasta pocos días antes de su muerte. En su residencia de «Vieille Fontaine», de Lausana —donde podían admirarse tantas cosas— la Reina nos mostró con especial predilección su biblioteca. «Leía mucho al padre Coloma —nos dijo— y hasta algún libro de Blasco Ibáñez. Pero más bien, lo confieso, me interesaban las cosas serias españolas. También prefería novelas inglesas, porque como me casé muy joven y el Rey era muy severo, no le gustaba nada que yo leyese, por ejemplo, una novela francesa. Como los autores ingleses, entonces, eran muy decentitos y buenos, yo leía a los ingleses. El Rey me leía en voz alta, en inglés, y yo le buscaba libros que se refiriesen un poco a temas del ejército, a la vida en la India



y todas esas cosas que le resultaban interesantes. Entonces el Rey me leía a mí en inglés, como te he dicho antes, para practicar, porque había olvidado casi el idioma.»

La cultura e inteligencia de doña Victoria Eugenia no trascendió apenas al pueblo español. En primer lugar, porque su discreción, que ha sido proverbial, tuvo como único empeño el contribuir a que brillase siempre, en primer lugar, la personalidad del Rey y luego, muy especialmente, el gran talento de la reina Cristina, a quien adoraba.

Esta contribución de la reina doña Victoria Eugenia al esplendor de la Corte española fue ejercida en todas las áreas, de la manera más amplia. Pero su espíritu renovador tropezó con la resistencia de una sociedad recalcitrante. Todavía el año de su boda, permanecían en activo varias damas de honor del tiempo de la reina Isabel II. No le faltaba razón a aquel enviado marroquí cuando después de ser recibido por la reina Cristina, dijo al referirse a su audiencia en el Alcázar: «El palacio, magnífico; la Reina, muy agraciada y de extraordinaria prestancia; el harén, flojito».

La reina doña Victoria Eugenia afronta decididamente la renovación de la Corte, que se torna más flexible y el ambiente familiar más humanizado. Establece los almuerzos íntimos en la Corte, tan aficionada hasta entonces a las comidas solemnes y protocolarias. Todas las tardes la Reina toma el té con el Rey, como cualquier matrimonio de la burguesía inglesa, sin damas ni ayudantes de Su Majestad. Los dos solos en una pequeña cámara dedican estos momentos a la conversación familiar.

(La costumbre de tomar cotidianamente una taza de té, que al fin fue adoptada por la sociedad madrileña, tuvo un largo proceso de asimilación en una España aficionada al chocolate con bizcochos seguido del agua fresca con azucarillos.)

Ninguna dama fumaba cigarrillos, al menos en público. La reina doña Victoria Eugenia, que había practicado naturalmente esta costumbre en la Corte inglesa, se retiraba al antepalco en el Real, por consejo del Rey para poder fumar sin suscitar comentarios.

Tampoco practicaban las señoras el deporte, cuando la Reina jugaba al golf, al tenis y montaba a caballo en la Venta de la Rubia.

La severidad en el vestido era tradicional; pero la Reina no

tuvo inconveniente en seguir mostrando su predilección por los colores claros para sus trajes, sobre todo en verano.

Durante una de nuestras conversaciones con doña Victoria Eugenia, en Roma, recordaba cómo un año, al recibir de Inglaterra un vestido para la Semana Santa, ocurrió un incidente que hoy resulta pintoresco. «Aquellas beatas de la época —nos dijo la Reina— se mostraron escandalizadas de que, al sentarme, se me marcasen ligeramente las rodillas. Entonces hablaron con el padre jesuita que iba a predicar aquella Semana Santa en palacio, para que atacase la moda que empezaba, que era decentísima, pero que escandalizaba en España porque aún se llevaba allí la falda hasta el tobillo. El Rey se enteró de que el padre jesuita iba a atacarme directamente; llamó a Romanones y le contó lo que ocurría. Entonces enviaron al padre jesuita a predicar a otro lugar».

Muchos comentarios suscitó, igualmente, el que la reina doña Victoria Eugenia modificase los trajes de Corte de sus damas, decisión que tenía también un gran sentido europeo. Y el que estas damas fuesen jóvenes, algunas de gran belleza, fue también motivo de murmuración.

Pero la apertura que experimentó la Corte española, impulsada por la reina doña Victoria Eugenia, afectaba también a empeños de mayor profundidad y trascendencia para la vida española. Por su iniciativa se funda en España el primer Hospital de la Cruz Roja, de Madrid; se crea la Escuela de Enfermeras; la Liga contra el Cáncer y contra la Tuberculosis. La Reina y las Infantas hacen visitas a los hospitales, confeccionan trajes para los pobres y animan a las señoras madrileñas para que se dediquen también a ello, mientras en provincias se van creando dispensarios y organizaciones de caridad.

El 2 de agosto de 1918 se inauguró en Madrid, precisamente en la avenida de la Reina Victoria, el «Hospital de San José y Santa Adela» que ha cumplido ya su medio siglo de funcionamiento ejemplar.

Doña Victoria Eugenia ha sido algo más que una reina bellísima. Sus ojos del color de las aguamarinas fueron superados por un espíritu sensible y un corazón generoso.

Marino GOMEZ SANTOS



Foto: CAMPUA

Varios momentos de la vida de doña Victoria Eugenia durante sus años de reinado. A la derecha de estas líneas, Su Majestad con uniforme de coronel honorario de la Caballería Española, y la familia Real en Ondarreta.